

# QUIERO JUGAR CONTIGO

ÓSCAR NAVAS



Título: Quiero jugar contigo

Ilustración de portada © Mónica Torralba, 2019

[https://www.instagram.com/moni\\_torralba](https://www.instagram.com/moni_torralba)

Corrección ortotipográfica y de estilo: Sara Matamoros H.

© Óscar Navas, 2019

<http://www.oscarnavas.com>



Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional. Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es> o envíe una carta a Creative Commons, PO Box 1866, Mountain View, CA 94042, USA.



**QUIERO JUGAR CONTIGO**

**ÓSCAR NAVAS**

Sally apareció allí sin saber cómo había llegado, como si alguien hubiera marcado en un mapa un punto al azar en el que debía hacerlo. Necesitó unos minutos para que la cabeza dejara de darle vueltas y así reconstruir mentalmente las últimas horas. Creyó recordar que aquella tarde no había ido a clase y que decidió reunirse con Tommy allí mismo, en el Lincoln Beach, un parque de atracciones abandonado que se había convertido en testigo de sus risas y escenario de algún tímido beso. Aquel rubio pecoso le gustaba mucho y le parecía de lo más gracioso...

Seguramente lo de jugar a balón prisionero entre dos se les había ido de las manos, porque Sally se sentía agotada, y pensó que se debió quedar dormida en la cabina de la vieja noria. Estaba anocheciendo y Tommy se había esfumado, dejándola sola. Después de maldecirle varias veces por abandonarla sin despedirse, Sally cerró la cremallera de la sudadera y recogió la mochila para volver a casa antes de que empezara a hacer frío. Se puso los cascos buscando algo de compañía y se levantó decidida a montarle una buena bronca a su novio por la jugada que le había hecho, a no ser que la invitara a un buen batido de fresa.

Aunque el parque había sido uno de los lugares más esplendorosos de toda Louisiana, cuando cerró sus puertas, casi

cincuenta años atrás, pasó a convertirse en un nido de escoria. Sally conocía el sitio bastante bien, pero vagar entre chatarra y casetas desvencijadas le encogía el corazón.

Fue al cruzar por lo que quedaba del laberinto de espejos cuando una fugaz sombra le hizo frenarse en seco. Se apartó uno de los auriculares de la oreja y escuchó detenidamente.

—¿Tommy? —gritó, esperando una respuesta que no llegó—. ¡Como me estés gastando una broma, te juro que te acordarás de esto!

La amenaza no pareció surtir efecto, así que Sally dio un pisotón de rabia al suelo, mientras se ponía los cascos de nuevo y reemprendía la marcha.

Pero unos pasos más allá, el rastro de la sombra la obligó a detenerse de nuevo. Sally apagó el iPod y se quitó los cascos de un tirón.

—¡Tommy! ¡No me toques las narices y sal ya! ¡Me estoy enfadando! ¡Va en serio!

De repente, una figura enorme se cruzó en su camino unos metros más allá. Aquel individuo era demasiado corpulento como para tratarse de su novio. Sally, intimidada por aquella visión, salió de la encerrona dejando el túnel del terror a su izquierda y avanzando con paso acelerado hacia la salida. Pero,

al superar las ruinas del castillo del terror, el mastodonte apareció de nuevo a la misma distancia, amenazante y silencioso.

Sally echó a correr. La mochila chocaba con su espalda a cada zancada y le impedía escuchar si le seguía, pero ella siguió adelante, dejando atrás el carrusel y llegando a la salida del parque, que permanecía iluminada por la única farola de la carretera que lo separaba del bosque. Entonces, al pasar frente a la caseta de la adivina, Sally notó un agarrón que le hizo caer al suelo de espaldas. El desconocido le había alcanzado y había pegado un tirón del asa superior de su mochila con tal fuerza que le había arrancado los tirantes de los hombros. Sally gritó desconcertada. Se retorció en el suelo y se sujetaba el hombro izquierdo, dolorido por la violencia de la caída.

El extraño se acercó. Podía escuchar su respiración, profunda y ronca. Cuando abrió los ojos, su silueta se recortó en el halo de luz de la farola, ocultando su identidad.

—¡Déjame en paz! ¡Ni se te ocurra tocarme, maldito chiflado! —chilló la chica.

Aquel individuo siguió respirando aceleradamente.

—Quiero jugar contigo —dijo una voz cavernosa que resonó en la oscuridad de una noche recién caída.

Sally retrocedió arrastrándose por el suelo. Se le congeló la sangre al descubrir aquella criatura, gigantesca y cubierta de pelo, mostrándole unos afilados dientes. Parecía salida de una película de monstruos de las que ponían a altas horas de la madrugada en la tele, solo que en esa ocasión no estaba frente a ninguna. En ese preciso momento, empezaron a caer unos enormes copos de nieve. Nieve en Nueva Orleans... ¡en pleno mayo! ¿¡Cómo era posible!?

Sin perderse en sus alucinaciones, Sally se incorporó a trompicones y corrió hacia la salida.

—¡No vuelas, pajarillo! ¡Solo quiero jugar contigo! — clamó el monstruo, haciendo retumbar el suelo a su paso.

Sally cruzó la carretera y tomó el camino que se adentraba en el bosque y serpenteaba por la colina. No era capaz de distinguir si las visiones eran producto de su cansancio o si todo aquello estaba sucediendo realmente. Solo desviaba los zarpazos de los arbustos por instinto, impulsada por un miedo que la empujaba a seguir corriendo. Tras ella, aquella enorme bestia arrasaba con todo. Las ramas estallaban en mil chasquidos. Nada parecía poder detenerla. La nieve seguía cayendo con insistencia.

—¡Quiero jugar contigo! —gritaba en la inmensidad de un bosque en el que, extrañamente, empezó a escucharse el sonido de unas flautas entre la ventisca.

La locura se estaba apoderando de la mente de Sally, ahora ya no tenía duda. Pero, al girarse para comprobar la distancia que había ganado, la chica tropezó con una piedra medio oculta por la nevada y cayó rodando colina abajo. Se reincorporó como pudo y, aunque sabía que aquel traspies le había dado ventaja a su perseguidor, continuó el descenso hundiendo sus zapatillas en la nieve.

Entonces recordó la vieja cabaña de los Donaldson, que llevaba abandonada siglos. Aunque era el lugar de las fiestas secretas de los mayores del instituto, las paredes aún seguían en pie la última vez que estuvo allí, y en ese momento eran su única esperanza para protegerse de aquel monstruo. La extraña música de flautas iba *in crescendo* y, a sus espaldas, el monstruo parecía alimentarse del miedo de Sally.

—¡Solo quiero jugar contigo, pajarillo! —Se oía por encima del jolgorio de flautas.

La bestia, que había iniciado el descenso, se detuvo. Entre carcajadas atronadoras, lanzó a su deseada presa un par de bolas de nieve enormes que impactaron con una fuerza

descomunal muy cerca de Sally. Entonces soltó un gruñido que retumbó como un trueno y, dando un salto en el aire, se encorvó para convertirse en una bola que empezó a bajar a gran velocidad, derribando árboles y arrastrando un montón de rocas que caían formando una avalancha imponente.

Sally ya estaba llegando al claro donde se encontraba la cabaña cuando el monstruo la arrolló, enmarañándola en aquella gigantesca bola de nieve que siguió rodando hasta topar con un pedrusco. La chica salió despedida y cayó a pocos metros de la casa, mientras su perseguidor permanecía inmóvil junto a la piedra que había detenido su caída.

Sally tardó unos minutos en salir de su aturdimiento y se incorporó dando tumbos. La música de flautas era ensordecedora y la estaba desquiciando aún más. Entonces, se acercó a la cabaña y dio un empujón a la puerta, que se abrió con una facilidad pasmosa. Al entrar, encontró a un grupo de cinco niños vestidos con ropas harapientas y máscaras de payaso que tocaban con sus condenadas flautas en un rincón del salón.

—¡¿Qué diablos hacéis ahí?! —preguntó, sorprendida por su presencia.

Los niños ni se inmutaron y siguieron tocando, pero Sally no tenía tiempo para preocuparse por ellos. En la oscuridad del

interior, localizó una silla que seguía entera y cerró la puerta para atrancarla con ella. Pero, justo en ese momento, un violento manotazo destrozó la portezuela y mandó a Sally al otro lado de la estancia. La bestia se había recuperado y parecía más furiosa aún.

—¡Solo quiero jugar contigo! ¡¿No lo entiendes?!—dijo, apretando con ira los afilados dientes mientras entraba, encorvado, en la cabaña.

Sally gritó y se arrastró por el suelo, hasta que su espalda topó con la pared opuesta. El monstruo se acercaba mostrando una enorme sonrisa y babeando como un perro antes de lanzarle un palo.

Entonces, surgida de la nada, una escopeta de caza apareció en el regazo de Sally. Ella no podía dar crédito a cómo había llegado allí aquella arma, pero el engendro estaba a punto de atraparla. Levantó el cañón con dificultad y, cuando creyó que estaba a tiro, cerró los ojos y apretó el gatillo con todas sus fuerzas. Los niños seguían tocando, cada vez más alto, hasta que el sonido del disparo se unió a la sinfonía de locos y todo se quedó en silencio.

\*\*\*

De repente, abrió los ojos y se incorporó dando un salto en su camastro, con el corazón latiéndole desbocadamente. Tenía la frente sudorosa y jadeaba intentando recuperar el aliento que le había faltado. Al instante una figura eclipsó el arco de su cuchitril.

—Cariño, ¿estás bien? —preguntó, sentándose en la cama.

En la estancia se libraba una batalla por contener las lágrimas.

—No ha sido nada, vida. Solo una pesadilla —le dijo, rodeándole con sus brazos.

—Pero mamá, era tan real...

—Lo sé, cielo. Así son los sueños.

—Pero... Me disparó... Yo solo quería jugar —comentó, con el llanto a medio germinar en sus ojos.

—Claro, amor. Pero ya sabes cómo son. Siempre reaccionan igual. Con el tiempo verás que no hay nada que hacer.

Pasó su mano peluda sobre la cabeza del pequeño.

—Anda, está a punto de amanecer. Recoge tu madriguera y ven a la galería principal a comer algo.

La cría se secó las lágrimas con el brazo.

—Tengo hambre —dijo, más calmado—. ¿Qué hay para desayunar?

—Un pajarillo rubio y pecoso —respondió la madre.

—¡Ohhh! ¡Son mis favoritos! —comentó el pequeño, sonriendo.

